

MEDICINA.

CASO NOTABLE DE HISTERIA SIN ATAQUES.

POR

EL SR. DR. D. JOSE MARIA TROYA.

CATEDRATICO EN LA UNIVERSIDAD.



He trazado en bosquejo y á grandes rasgos los principales síntomas que pude observar en la desgraciada enferma. Réstame exponer otros de menor valor, que completaban el cuadro sintomatológico de la afección histérica y que también contribuían á aumentar el sufrimiento de la paciente.

Al mismo tiempo que la mitad izquierda del cuerpo estaba insensible, la derecha tenía sensibilidad tan delicada que le era casi imposible tolerar el contacto de un cuerpo extraño cualquiera. La exageración de la sensibilidad táctil (*hiperestesia*) era enteramente ambulante y localizada; pues á veces comprendía una area de pocos centímetros. Esta exquisita sensibilidad se hacía sentir cuando se pasaba con suavidad un cuerpo cualquiera por la superficie de la piel hiperestesiada, mas no cuando se la comprimía con fuerza. Generalmente el contorno de la superficie sensible se hallaba en estado opuesto [analgesia].

Había otro fenómeno singular propio de esta clase de enfermedades, á saber, la agudeza de los sentidos, principalmente del oído y del olfato. Decía la enferma que podía oír claramente lo que conversaban en voz baja aún fuera de su aposento, lo cual era para ella una mortificación, porque en el estado de nerviosidad en que se hallaba, los ruidos que para los demás eran insignificantes é imperceptibles, le parecían enormes detonaciones, aumentando de esta manera sus agudos dolores.

De igual modo, el olfato llegó á ser tan delicado, que re-

cuerdo con placer y aun con risa, lo que aconteció en una de las ocasiones que tratamos de cloroformarla en compañía de un comprofesor y amigo. Después de unas tantas inspiraciones que hizo la enferma con la repugnancia que es natural, llegó á apoderarse con prontitud de la esponja asiendola con ambas manos y aplicándosela ella misma á la nariz con tanta violencia que nos fué difícil separarla. Cuando al fin lo logramos, ya la enferma había cerrado los ojos, y en este estado perseguía olfateando el vapor del cloroformo hasta una distancia de un metro ó más, circunstancia que nos entretuvo por algunos momentos. Por lo demás, fueron frecuentes las ocasiones que pudimos confirmar la exagerada sensibilidad y aún la perversión de los sentidos. Frecuentemente tenía deseos de gustar cosas que á cualquiera pueden repugnar, como lo de querer mascar trocitos de ladrillo recién asado [pica] cuyo olor le era muy agradable. También la vista llegó á un buen grado de agudeza, especialmente la del ojo derecho: distinguía las cosas más pequeñas, y tenía por costumbre escribir en caracteres muy diminutos, lo que hacía con claridad y elegancia.

El síntoma dolor era en toda la enfermedad el dominante, porque, aparte de los que hemos indicado anteriormente, existían otros en diversos puntos del cuerpo y con variados caracteres. Por lo regular, el dolor se fijaba en la cabeza [clavo histérico]; más frecuentemente en la columna vertebral, el que comparaba la enferma á un descoyuntamiento, y le hacía decir que le sería posible contar una por una las vértebras. Otras veces, se fijaba en el hígado, en los ovarios, bajo el omóplato, en los dientes & &. Estos dolores, aunque intensos, pueden llamarse insignificantes, en comparación de los demás que hemos referido; cedían al instante con ventosas escarificadas, de las que hube de usar con mucha profusión: baste decir que en el curso de la enfermedad, ascendió el número de cortes ó escarificaciones á 64: 12 en el vientre, 8 en las espaldas y 44 en el hígado. Téngase presente que cuando la enferma llegó á notar que se mitigaban los dolores con las primeras ventosas, pedía ella misma con instancia que se le repitiesen cuando aparecía un nuevo dolor: sucedió lo mismo con el cauterio y sedales,

En cuanto á los demás síntomas generales, se puede decir que no faltó ninguno de los que aparecen en tales afecciones. Tuvo escalofríos repetidos al principio, malestar, insomnio pertinaz y completa anoréxia. Este último síntoma cedió, después de muchos meses, á beneficio de la hidroterapia que puse en práctica por ver si combatía la principal dolencia.

Hubo otra circunstancia que llamó mucho mi atención. Se recordará que dije que la sonda había quedado enclabada en la vejiga y que no fué posible su extracción; pues bien, durante los ocho días que duró mi permanencia en el campo, no arrojó la enferma ni una sola gota de orina, cosa tanto más singular

cuanto que no sobrevino ninguno de los accidentes de la falta de secreción de este líquido; pues en cualquier otra persona habría estallado la fiebre urinosa [uremia] ó siquiera la eclampsia urinosa por falta de eliminación de los materiales á que da lugar la presencia de la urea en la sangre (carbonato de amoníaco etc.).

Para terminar la relación de esta sorprendente enfermedad, nos falta referir el motivo que me sugirió la idea de hacer uso del magnetismo animal y el modo como se consiguió la alida espontánea de la orina, síntoma que resistió más en todo el curso de la enfermedad. Vamos á tratar por separado cada uno de estos puntos.

Sucedió que cuando la enferma tuvo atravesado el tercer sedal en el vientre que le hacía sufrir tanto, daba funciones teatrales un prestigiador que magnetizaba á su esposa, y á las que concurrí yo. Confieso que jamás creí en tales artimañas; pero por procurarme un momento de distracción y en vía de ensayo, me propuse observar el efecto que produciría en la enferma la magnetización. Después de referirle lo que había visto en el teatro, le dije: Ud. es nerviosa en extremo y puede ser que se magnetice, con lo que tendremos un medio eficaz de curarle el sedal sin ningún dolor; á lo que contestó ella sonriéndose: es imposible, doctor. Bien, le dije: vamos á la prueba, y quedé mirándola con seriedad por algunos segundos: ella hizo otro tanto, pero después de algunos instantes, terminó por accidentarse; creí pues, desistir en lo sucesivo de tal intento; pero llevada de la vehemencia del dolor, al tercero ó cuarto día que me propuse curarle, me dijo: que pudiera magnetizarme, doctor, para no sufrir tan terrible curación; entonces insistí en mi propuesta anterior de magnetizarla. Es natural que ella por el deseo de conseguirlo haya hecho esfuerzos interiores; lo cierto es que permanecí mirándola con ceño severo por algunos instantes, para lo cual levantó ella el cuerpo y apoyó la cabeza sobre los codos; noté entonces que se aceleraba la respiración y que después de unos pocos segundos cesó por completo, quedando como si fuese una estatua con la vista fija en mí. Admirado yo de tal aspecto, le dirijí la palabra, mas ella no contestó ni hizo ademán alguno: sólo seguía mirándome con igual firmeza. En este estado se mantuvo durante algunos minutos con sorpresa mía y de los circunstantes. Quise cerciorarme de si el magnetismo era real ó si había engaño; para lo cual la hice acostar y le cerré los párpados que hasta entonces tenía abiertos; pasé entonces el cordón del sedal del modo más brusco que pude, y sin embargo no dió la menor muestra de sensibilidad. Terminada la curación del sedal, no atinaba cómo hacerla volver en sí; pues aunque le dirigía la palabra con imperio, no contestaba ni se movía absolutamente. Se me ocurrió una idea: comprimí la aorta ventral con el fin de hacer refluir la sangre al cerebro, cosa que tenía de costumbre para hacerla volver de los frecuentes accidentes de que había

sido víctima en todo el curso de la enfermedad. Con esta maniobra abrió los ojos y exhalando un largo suspiro, comenzó á hablar restregándose al mismo tiempo los ojos como si volviese de un sueño. Preguntándole entonces qué había sentido, dijo, que tenía algún escozor en el sedal, peso á la cabeza y ansiedad en el estómago. En mi concepto habíase verificado lo que nunca esperaba: sin pensarlo encontré un medio precioso de evitar sus horribles dolores, porque el cloroformo, aparte de no producir el efecto apetecido, le puso en la última ocasión en estado muy alarmante.

Al día siguiente se repitió la misma escena con buen resultado; pero no contestaba á las preguntas que se le dirigían, como lo hacen otros magnetizados. Entusiasmado por tal acontecimiento, comunique esta circunstancia á mi distinguido profesor y amigo Sr. Dr. Nicolás Aurelio Espinosa, quien estaba impuesto de los padecimientos de la enferma. Después de haberle referido minuciosamente lo acaecido, me preguntó el modo como había hecho volver de su letargo á la paciente. Comprimiéndole la aorta ventral, le dije; á lo que contestó: "Doctor, Ud. ha hecho una ganancia, y de seguro logrará yugular la enfermedad: de hoy en adelante abandone la maniobra que ha ejecutado para hacerla volver; háblela con energía y ella le obedecerá en todo. Estoy seguro que, si Ud. en esos momentos le obliga á que orine, ¡lo conseguirá!". En los días siguientes puse en práctica lo que mi respetado profesor me había indicado. La curación del sedal se hacía lo más fácilmente; porque bastaba mirarla por unos pocos segundos para que quedase magnetizada. Comencé entonces á dirigirle algunas preguntas con voz imperiosa, y conseguí que me contestara en voz baja en los primeros días, y en voz natural después. Cuando logré dominarla con mi palabra, quise hacer la prueba que me había indicado el Dr. Espinosa, pero lejos de orinar arrojó más bien sangre, lo que prueba que había un obstáculo insuperable á la salida de la orina. No sucedió así con los órganos que están bajo el imperio de la voluntad, pues éstos obedecían inmediatamente al influjo magnético, aunque físicamente estuviesen en imposibilidad de entrar en acción. En cinco ó seis ocasiones que los miembros se hallaron en contractura permanente, bastaba magnetizar á la enferma, para que entrase en relajación completa, quedando definitivamente flexibles y suaves como la seda.

Por lo expuesto se vé que no dejó de tener su influencia el magnetismo en algunos síntomas de la enfermedad, siendo la disuria el único que resistió á esta clase de tratamiento. Vamos á ver á continuación el modo como se consiguió hacerlo desaparecer.

Cansado ya de emplear todos los medios terapéuticos y de otra clase, se me ocurrió hacer inyecciones de agua fría en lo interior de la vejiga, empleando al mismo tiempo la electricidad

de corriente continua, la que aplicaba al mismo órgano diariamente y por espacio de media hora, más ó menos, cuidando de aumentar paulatinamente la intensidad de la corriente. Para el efecto, hice uso de las pilas de bicromato de potasio de Grenet que, como se sabe, son susceptibles de graduarse introduciendo en el líquido, mayor ó menor cantidad de la placa movediza de zinc. Me parecieron suficientes tres elementos, los cuales armados en batería daban corriente débil, pero constante. Al principio introduje solamente unos dos centímetros de la placa de zinc, y después en las sesiones siguientes iba sumergiéndola más y más. El un polo de la pila lo aplicaba al vientre unas veces, y otras á la región lumbar; el otro introducía en el interior del pabellón de una sonda metálica que de antemano colocaba en la vejiga. El 6 de setiembre de 1880 principié á hacer las inyecciones y aplicar las corrientes eléctricas; el 16 del mismo mes pudo arrojar espontáneamente el agua de la inyección, el 28 á las seis y media de la tarde se logró que orine en medio de dolores atroces y accidentes repetidos. En los días siguientes poco á poco fué facilitándose la emisión de la orina hasta que quedó completamente bien, desapareciendo con este terrible fenómeno todos los demás, y quedando la enferma hasta el día completamente sana de todas sus dolencias (1).

Es de admirar en todo esto la fuerza de voluntad con que la enferma se sujetaba á seguir rigurosamente mis prescripciones, porque jamás le arredró ni el hierro candente ni la cuchilla, lo que contribuyó poderosamente para obtener su completa curación. Cualquier otro enfermo pusilánime, que hubiese rehusado someterse á tan rigurosa prueba, habría tenido, de seguro, mal resultado. Es, pues, de todo punto pausable y digno de encomio el heroísmo con que esta joven mártir de su enfermedad arrojó cualquier obstáculo por serio que fuese. Apoyado en esta firmeza de carácter, pude poner en práctica un tratamiento que quizá cualquiera otro no lo habría imaginado; pues, si he de decir verdad, ninguno de los libros que consulté, incluso el Diccionario de medicina y cirugía, aconseja el uso de los revulsivos enérgicos, como son: el cauterio, el sedal, el cáustico, las ventosas escarificadas & &. para combatir una enfermedad que asienta su dominio regularmente en personas débiles y nerviosas y que son consiguientemente pobres de sangre y hasta de valor moral. Confieso que fué una inspiración el haber echado mano de los medios que he referido para aliviar á la paciente, tanto más, cuanto que la infeliz estaba siempre rodeada de circunstancias desfavorables, que no le permitían ni por un momento algún reposo ó tranqui-

[1] Esto acontecía el año de 1880. Ahora que han transcurrido ya 12 años, tengo la satisfacción de anunciar á mis lectores que la enferma después de curada, no ha tenido el menor padecimiento; hacen pocos años que se casó y en la actualidad goza de robustez y perfecta salud.

lidad moral. Todos saben que el tratamiento para tales enfermedades se reduce á los medios higiénicos, que consisten regularmente, en el paseo, la distracción, la navegación, el buen alimento & & lo que no le era dado á mi desdichada paciente.

Para concluir, creo un deber manifestar mi más profundo reconocimiento por los favores que en el curso de esta terrible enfermedad me prestaron mis caros amigos y comprofesores, Señores Doctores Nicolás Aurelio Espinosa y Ezequiel Muñoz. El primero, á quien dedico estas líneas, tuvo la satisfacción de haber pensado en el mismo diagnóstico, sin que yo le hubiese dado ningún dato al respecto; y el segundo, se dignó acompañarme en muchas ocasiones, en las que hubo necesidad de intervenir, razón por la que aun apelo á su testimonio para confirmar la verdad de los hechos relacionados.

JOSÉ MARÍA TROYA.

Quito, setiembre 12 de 1885.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL